La Jornada

El misterio de la prosperidad

Napoleón Gómez Urrutia

Hace algunos años me encontraba en una cena en Los Pinos, la entonces residencia oficial, con el presidente Vicente Fox y su esposa, Marta Sahagún. En la conversación yo expuse una idea que, en aquel salón, pudo sonar extravagante: en el momento histórico en el que nos encontrábamos, México podía aprender del modelo socialdemócrata de los países nórdicos y, así, aumentar sus alcances. La respuesta llegó rápido y sin titubeos: “esos países están muy lejos, y tienen otras costumbres”. Recuerdo la frase con precisión porque resume una manera de gobernar que duró décadas. La distancia geográfica funcionaba como excusa y la supuesta diferencia cultural como sentencia.

He vuelto a esa noche muchas veces mientras escribía mi libro *El misterio de la prosperidad,* el cual saldrá este 17 de noviembre en México, Estados Unidos y Canadá. Por generaciones, las élites económicas de este país construyeron un supuesto misterio alrededor de la riqueza y la pobreza. Según ese relato, la prosperidad es un fenómeno casi milagroso que unos cuantos lograron descifrar, mientras la clase trabajadora debe esperar su turno con paciencia. Ese misterio es falso y conviene desmontarlo con datos.

Empecemos por el mito de la distancia. En Escandinavia, la afiliación sindical supera 65 por ciento y llega casi a 90 en algunos casos. Esa cifra permite negociar contratos colectivos para sectores enteros de la economía, de modo tal que las empresas compiten con calidad e innovación y tienen prohibido hacerlo recortando salarios. En Alemania, el sistema de codeterminación, conocido como Mitbestimmung, da a los representantes de los trabajadores asientos en los consejos de administración de las grandes compañías. Alemania es una potencia exportadora y su industria funciona con obreros que votan decisiones de inversión. Ninguno de estos arreglos depende del clima ni del idioma.

Tampoco hace falta cruzar el Atlántico para encontrar más ejemplos. Costa Rica y Uruguay, en nuestro continente, invirtieron durante décadas en la salud universal y la estabilidad social. Japón hizo algo parecido en Asia. Sus resultados se miden respecto a la esperanza de vida y cohesión social, dos indicadores que rara vez aparecen en los informes que celebran el crecimiento del producto interno bruto (PIB).

Aquí vale recordar una nota que pocos citan: Simon Kuznets, el economista que diseñó el PIB, advirtió que esa medida nunca debía usarse como indicador del bienestar de una nación. México es un ejemplo de lo que él temía. Hubo años de crecimiento respetable y, al mismo tiempo, millones de familias en pobreza, mientras la

La Jornada

fortuna de unos cuantos millonarios llegó a representar porcentajes escandalosos de la economía nacional. Por último, la otra pieza del misterio es el miedo. Cada vez que alguien propone mejorar el ingreso de la clase trabajadora aparecen los pronósticos de catástrofe. Como cuando se duplicó el salario mínimo y se combatió el abuso de la subcontratación, se anunció el desempleo masivo e inflación descontrolada. De hecho, ocurrió lo contrario: el mercado interno se fortaleció y la economía resistió. Un trabajador con salario digno compra e invierte en la educación de sus hijos. Eso también es productividad.

Mi nuevo libro, *El misterio de la prosperidad,* no se hizo desde un escritorio. Pasé buena parte de mi vida al lado de mineras y mineros que bajan cada día al subsuelo sin la certeza de volver a casa, así como de políticos, empresarios, académicos y líderes sindicales. Estuve con ellos en las huelgas de Cananea, Taxco y Sombrerete. Viví la tragedia de Pasta de Conchos en 2006, donde la negligencia de Grupo México sepultó a 65 compañeros, una herida que sigue abierta mientras no se recuperen sus restos y no haya castigo para los responsables. Viví también los años de exilio forzado en Canadá, cuando la persecución del viejo régimen me obligó a mirar a México desde fuera; esa distancia me permitió entender que la lejanía de la que hablaban Fox y Marta Sahagún era una decisión política.

La reforma laboral de 2019, con el voto personal, libre, directo y secreto, abrió la puerta para terminar con los sindicatos *charros* y los contratos de protección patronal. Pero aún falta mucho. Está pendiente, por ejemplo, duplicar el aguinaldo a 30 días de salario pagado, o que las personas trabajadoras mexicanas tengan voz y voto en los consejos de administración, como ya sucede en Alemania. Está pendiente cerrar la brecha salarial entre hombres y mujeres, así como digitalizar y contar con inspecciones laborales efectivas y eficientes, como hizo Estonia, para que la simulación y la complicidad dejen de tener dónde esconderse.

Las bases de este libro son los compromisos a los que he dedicado toda mi vida. Un sindicato fuerte y democrático es el mejor socio que puede tener una empresa moderna. La confianza social, como ha mostrado la investigación económica de las últimas décadas, funciona como una infraestructura invisible: reduce la incertidumbre y favorece la inversión de largo plazo. El modelo de salarios bajos que convirtió a México en un paraíso de mano de obra barata está agotado: insistir en él frena el consumo y acumula resentimiento.

Dediqué años a reunir estas experiencias, cifras y propuestas en un texto que intenta hacer lo que aquella noche en Los Pinos nadie quiso hacer: tomar en serio la pregunta de por qué otros países lograron repartir mejor su riqueza y qué tendría que cambiar en México para conseguirlo. La respuesta requiere voluntad política y fuerza social organizada. La distancia que de verdad importa es la que separa una buena idea de una ley aprobada. Esa distancia depende de nosotros.

https://www.jornada.com.mx/2026/11/05/opinion/012a1pol